

DE LA MADRE DEL CASTILLO  
A JOSEFINA LLERAS PIZARRO

POR HELCIAS MARTAN GONGORA

A la poesía sólo puede llegarse mediante un proceso callado de aproximaciones sucesivas: gozosa aventura de los sentidos, alada fuga del corazón en la búsqueda de su propio centro, lento sumergirse en los abismos de la sangre, célica ascensión al límite de las verdades últimas, al mismo tiempo que regreso e internamiento más allá de las fronteras del mundo exterior, en una especie de asombrado descubrimiento de los más elementales objetos y de la total hermosura de las criaturas circundantes. El universo se entrega a través de la estrofa en un como renunciamiento de las entidades estéticas, seres y cosas, que desde ese instante se someten a vivir la existencia del poema, participando de una segunda naturaleza, sojuzgadas por un superior destino artístico, como vestidas por una luz que viene desde muy lejos, desde remotas comarcas interiores, desde infinitas desolaciones o desde un sereno tiempo de alegrías. La poesía modifica y complementa la creación. Hasta su vértice de suprema belleza confluye la vida y la certidumbre de la muerte. He allí una humilde y sencilla profesión de fe humana, frente a la inmensurable jerarquía de la Belleza.

De la España de Garcilaso, madrigalesca o italianizante a la España de San Juan de la Cruz, ruda y peninsular, España-España, hay el mismo sendero que separa la caricia del éxtasis. La efusión mística del carmelita sube por una enamorada escala de suspiros a la inefable comarca de Dios. El vuelo beatífico del santo halla su cielo de palabras —pavesas de la voz— en las liras sublimes que sostienen la arquitectura de milagro del “Cántico Espiritual”:

*“¡Oh, bosques y espesuras  
plantados por la mano del amado!*

*¡Oh, prado de verduras,  
de flores esmaltado!  
Decid si por vosotros ha pasado”.*

Sereno y diáfano el acento de Fray Luis de León, en la celda agustiniana de la universitaria ciudad de Salamanca, en un celeste arrobo, tras continuados raptos, traduce la honda música de las esferas estrelladas y participa de la íntima comunión de lo Inmutable. Teresa de Jesús, tierna, anhelante, iluminada, en la solemne calma conventual de Avila, santifica cuerpo y espíritu y en las pausas de sus faenas de eternidad al par que en las treguas de su actividad reformadora, forja con los metales del idioma al calor de sus ansias, sus obras perdurables. Todo bajo el gobierno del rey don Felipe II, brota como una planta ascética y parece compendiarse en el reclamo de agonías de la Santa del Carmelo: “Muerdo porque no muerdo”. La poesía se ha refugiado en los claustros, antes de emprender su viaje oceánico a las verdes y legendarias tierras de América: México de Sor Juana Inés de la Cruz y Tunja, en nuestra patria, por gracia de la voz de la venerable Madre del Castillo, puerto de arribo e indiscutible, única isla de la lírica colonial, frustrada en la cuantiosa versificación de don Juan de Castellanos y tergiversada por la tiranía genial de Luis de Góngora y Argote, en Rodríguez Canargo.

La venerable Madre del Castillo, “abrasada en el fuego del amor y el dolor” —según ella lo narra— en el apacible retiro del convento de las religiosas Clarisas, encuentra a Cristo y a la Poesía. Es ella la primera poetisa de nuestras letras, cuya altura pueda medirse con el nivel de la centuria. Alma transida de eternidad, su obra es fiel trasunto de sus irrefrenables anhelos de perfección y de su cordial fidelidad del Amado del Verbo:

*“Con Vos me crucifico;  
y pues sois libertad de los esclavos,  
y yo a Vos me dedico,  
recibidme, Señor, en vuestros clavos,  
y en vuestra muerte viva  
si en ella me libré siendo cautiva”.*

Durante mucho tiempo, el ámbito de la poesía femenina en Colombia fue como un claro corazón de soledades. Esta afirmación tiene la forma rotunda de una espada, reta a las antologías y desco-

noce nombres consagrados por la benevolencia de una crítica, que tiene mucho de galantería frente a producciones de relativo valor y de un significado restringido a la admiración doméstica, a la fácil loa que debiera entenderse más prodigada a los encantos físicos de sus autoras que al primor de la obra. Cuánta savia emocional desperdiciada vanamente, en intrincados ejercicios retóricos! ¡Cuánta alquimia métrica, fallida sin hallar la única, la ecuménica dimensión de la poesía! Desde la aparición de la Madre del Castillo, en cuya flauta celestial el viento del amor divino ordenaba el apacible curso de la melodía hay un largo silencio, precursor de canciones.

Es el momento para el cual, Laura Victoria irrumpe en los dominios del verso. Viene como la luz, hecha de llamas. Su resplandor quema los labios y deja en ellos un sabor de vendimias recientes. Toda ella, como la primavera transeúnte, plena de frutos y de aromas, estaba en su mensaje. Y aún vive en él, porque la poesía es permanencia, pese a los gustos de la moda. En su clima melódico habita el amor del hombre, crece el amor del hombre, y canta. Embajadora de ritmos íntimos, América la ha visto pasar, nimbada de los más hermosos vocablos, sobre el bajel de la más auténtica poesía de mujer.

Casi coetáneamente, Gabriela Mistral empezaba a recorrer la parábola ascensional, por los caminos de la Desolación hasta encontrar la clave de la ternura humana, "como quien habla en la soledad" y la culminación del homenaje con el máximo galardón merecido. En pos de sus huellas, Amira de la Rosa se asoma a los horizontes de la poesía, a través de una prosa escrita con desenvuelto ademán clásico y graciosa castellanía, diseminada en la novela, el drama y las estampas mínimas de la tierra y el mar. Poesía en prosa como "Platero y Yo" de Juan Ramón Jiménez, aunque muy diferente por la intensidad y el estilo.

Blanca Isaza de Jaramillo Mesa e Isabel Lleras de Ospina consignaron sus delicados sentimientos en versos de clásica factura, generalmente el soneto, la forma de tan frecuente uso y abuso entre nosotros. La estridencia pasional de las poetisas australes, Alfonsina Storni y la inicial Juana de Ibarborou, no encontró eco en la garganta de nuestras mujeres, si se exceptúa a Laura Victoria. Tampoco la modalidad expresiva de Rosario Sansores logra seguidoras ni imitadoras. En Barranquilla, Olga Chams viste la túnica del seu-

dónimo y se lanza a la difícil conquista de la estrofa. El mar y el corazón, paisaje y hombre, son los temas primordiales de sus canciones. "Alba de Olvido" y "Sitio del Amor" son las etapas de su tránsito y receptáculos de imágenes y sentimientos, sueños y armonías.

Meira del Mar lanzará próximamente su tercer libro de versos. Desconozco el título, pero poseo muestras suficientes para afirmar que constituirá acontecimiento de superación y argumento valioso para reafirmar la calidad lírica de Meira del Mar. A este ciclo de difícil depuración formal pertenece "Verde mar":

*"De tanto quererte, mar,  
el corazón se me ha vuelto  
marinero.  
Ya se me pone a cantar  
en los mástiles de oro  
de la luna, sobre el viento".*

Carmelina Soto levanta con recio gesto de victoria lírica, como una bandera o como un ala, la certeza de su poesía. Hay metales fundidos, desgarrados clamores, ímpetus de conquista, desbordamiento elemental, en sus poemas. Poesía desnuda, sin llegar al erotismo. Canto de las potencias virginales, impulso pasional del corazón ávido de escalar las estrellas. Fruto de selección de una raza admirable, va girando su sangre como un disco de fuego. Con Carmelina Soto, Caldas ocupa un sitio en el mapa poético de Colombia:

*"Yo te amo por la rosa que guarda en sí la espina,  
por la muerte que apaga con sus opios mi sueño,  
por las rebeldes lianas que las voces me anudan,  
por mi carne entusiasta, por mi vida y mis nervios.  
Yo te amo... yo te amo.  
Sufriendo... sufriendo."*

Con voz henchida de suspirante dulzura, Josefina Lleras Pizarro amplía las posibilidades de la poesía femenina nacional. Josefina Lleras Pizarro está asistida de una segura vocación artística, talento superior, capacidad metafórica, novedad expresiva y amplio don melódico, cualidades predominantes de "Palabras de Mujer", su volumen único. En "Honda Tierra" dice:

*"Pero yo estoy cerrada  
como la noche, y callo.  
Nunca tenderé al viento  
la historia del milagro.*

Meira del Mar, Carmelina Soto y Josefina Lleras Pizarro son tres nombres de significación en nuestra literatura. Negarlos sería tan necio como admitir la valía de otras firmas, inútil y frecuentemente elogiadas, con innoble engaño para las beneficiadas y notoria desorientación para los desprevenidos y poco exigentes lectores.

*Helcias Martán Góngora*

## LA METAFISICA DE LEIBNITZ

Por JULIO CESAR ARROYAVE

Platón y Aristóteles tienen dos representantes en la edad moderna de la filosofía, Hegel y Leibnitz. He creído siempre que a Platón no se le conoce suficientemente ni su doctrina ha sido interpretada a cabalidad; Platón no ha tenido su siglo XIII, su escuela que fue cuna de tantos sabios parece como si realmente hubiese desaparecido. No así el estagirita, de quien se ha hecho un credo, casi un dogma, y cuyo sistema ha permanecido desafiante en todo momento frente a los demás modos de pensar. No es que el idealismo platónico haya resurgido en el idealismo alemán, ni mucho menos, pero la concepción de Hegel es la que más se acerca al idealismo radical del discípulo favorito de Sócrates. Ni es tampoco que la metafísica de Leibnitz indique una satisfactoria interpretación de la Filosofía Primera estipulada por el maestro de Alejandro; quizás la monadología del gran pensador moderno sea la visión metafísica que la sutil imaginación de Aristóteles quiso dar a conocer en el Liceo. Lo cierto es, que las exposiciones de Hegel y Leibnitz deben ser emplazadas desde la Academia y el Liceo para que su contenido se revele claramente y demuestre el adelanto de las dos más grandes orientaciones que ha tenido la filosofía en el ámbito histórico de la cultura.

El tema de Hegel como intérprete y representante de Platón, hemos de abandonarlo para dejar todo el espacio posible en esta ocasión al historiador, político, matemático, físico y teólogo, Guillermo Leibnitz, cuya sola biografía es harto difícil abarcar por la múltiple y polifacética expresión que tuvo en su tiempo. El mismo pensamiento de Leibnitz ha sido imposible recogerlo íntegramente por aparecer diseminado en tratados, estudios y cartas, que la crítica no ha podido coordinar íntimamente hasta el punto de poder ofrecer un sistema completo que corresponda a la realidad del filósofo.